



RECKLESS

Sombras vivas

CORNELIA FUNKE

Historia hallada y narrada por
Cornelia Funke y Lionel Wigram

Ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
María Falcón Quintana

Siruela

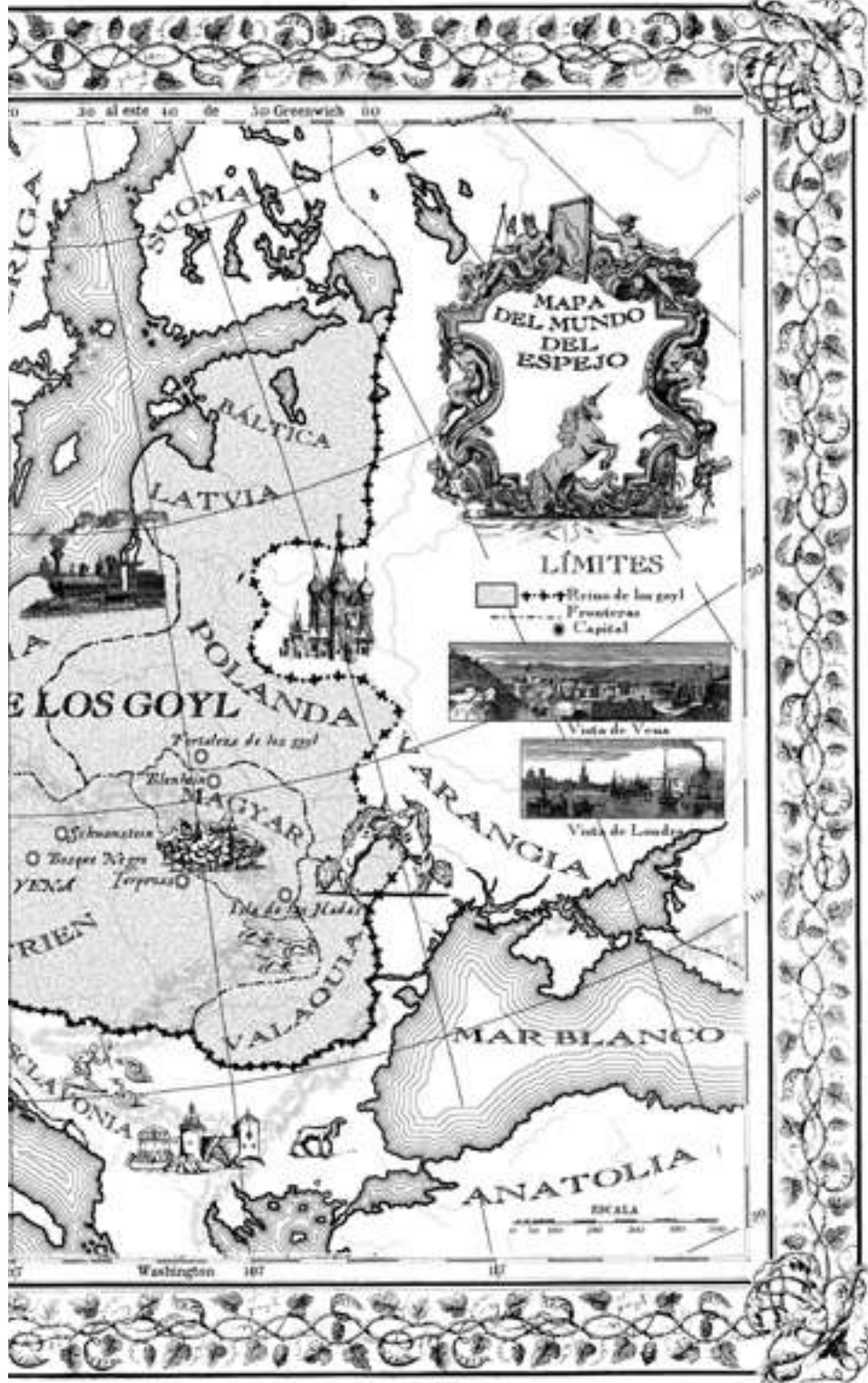
Biblioteca Funke



Para Ben,
que es a la vez Jacob y Will.







0 20 al este 40 de 50 Greenwich 80



LÍMITES

- + + + Fronteras de los goyl
- Fronteras
- Capital



SUOMA
 BALTICA
 LATVIA
 POLONIA
 LOS GOYL
 PORTALES de los goyl
 ELLENOR
 MAGYAR
 OSKONATOR
 BOSQUE NEGRO
 VENA TORRENTOS
 TRIEN
 VALAQUIA
 DIAS de los HADAS
 ARANCIA
 MAR BLANCO
 ANATOLIA

ESCALA

Washington 107 117



1

LA ESPERA

Aún no había regresado.

No me quedaré mucho tiempo. Zorro se secó la lluvia del rostro. Aquello podía significar muchas cosas en Jacob. A veces se quedaba semanas. A veces, meses.

La ruina seguía allí abandonada como siempre, y el silencio entre los muros quemados la hacía tiritar de frío, al igual que la lluvia. La piel humana guardaba el calor mucho peor, si bien Zorro se transformaba cada vez menos en la zorra. Entretanto, sentía con demasiada claridad cómo la piel le robaba los años... incluso sin necesidad de que Jacob se lo recordara.

Al despedirse la había estrechado con tanta fuerza como si quisiera llevarse su calor al mundo en que había nacido. Algo le causaba miedo, pero, por supuesto, no lo admitía. Seguía siendo como un niño que creía poder escapar de su propia sombra.

Habían estado en el norte, en Sveriga y Norga, donde, incluso en esa época, los bosques estaban profundamente nevados y los lobos entraban en las ciudades a causa del hambre. Antes habían viajado tan al sur que la zorra seguía encontrando arena del desierto en su pelaje. Miles de kilómetros... Países y ciudades de los que nunca habían oído hablar, en busca, supuestamente, de un reloj de arena. Pero Zorro conocía demasiado bien a Jacob para creer eso.

Las primeras primulas salvajes brotaban hacia sus pies de entre las piedras reventadas. El rocío, que resbalaba de los pétalos cuando rompió uno de los delicados tallos, aún estaba frío. Había sido un largo invierno y Zorro sentía los meses transcurridos como una helada sobre la piel. Habían sucedido tantas cosas desde el último verano. Todo aquel temor por el hermano de Jacob... y también por él. Demasiado miedo. Demasiado amor. Demasiado de todo.

Se prendió la flor de color amarillo pálido en la chaqueta. Las manos... ellas compensaban la fría piel que el cuerpo humano traía consigo. Cuando llevaba puesto el pelaje, Zorro echaba de menos leer el mundo con los dedos.

No me quedaré mucho tiempo.

Con un rápido movimiento de mano atrapó un pulgarcito, que le estaba metiendo su diminuta mano en el bolsillo de la chaqueta. Este solo soltó el tálero de oro cuando ella lo sacudió con la misma fuerza que la zorra sacudía a los ratones cazados. El pequeño ladrón intentó morderle los dedos antes de salir huyendo echando pestes. Jacob le metía siempre unos táleros de oro en el bolsillo antes de marcharse. Aún no se había habituado a que, entretanto, ella también se las arreglaba bien sin él en el mundo de los humanos.

¿De qué tenía miedo?

Zorro se lo había preguntado después de que, durante días, hubieran cabalgado de un pueblucho a otro únicamente para acabar bajo el seco granado de un sultán muerto. Le había vuelto a preguntar otra vez cuando Jacob se había emborrachado durante tres noches seguidas, después de que solo hubieran encontrado una fuente seca en un jardín abandonado.

—No es nada. No te preocupes —un beso en la mejilla, la sonrisa despreocupada que Zorro había descubierto con doce años—. No es nada...

Sabía que extrañaba a su hermano, pero había algo más. Zorro alzó la vista hacia la torre de la ruina. Las tiznadas piedras parecían susurrar un nombre. Clara. ¿Era eso?

Su corazón seguía encogiéndose al pensar en el arroyo en el que las alondras muertas habían flotado. La mano de Jacob en el cabello de Clara, su boca en la de ella. Tan sedienta.

Quizá por eso casi se habría marchado con él. De hecho siguió a Jacob hasta la torre, pero el valor la abandonó ante el espejo. Su cristal le parecía un hielo oscuro en el que su corazón se helaría.

Zorro le dio la espalda a la torre.

Jacob regresaría.

Siempre regresaba.



2

EL MUNDO EQUIVOCADO

La sala de subastas se hallaba en la trigésima planta. Paredes revestidas de madera, una docena de hileras de sillas y, en la puerta, un hombre que, con sonrisa nerviosa, marcaba los nombres en la lista de inscripción. Jacob aceptó el catálogo que este le dio y se acercó a una de las ventanas. Un bosque de torres y, tras ellas, como espejos de plata, los Grandes Lagos. Había llegado esa mañana de Nueva York a Chicago, un trayecto para el que habría necesitado semanas en un carruaje. Debajo de él, la luz del sol se prendía en paredes de cristal y tejados dorados. Ese mundo podía fácilmente competir en belleza con el de detrás del espejo, pero Jacob sentía nostalgia.

Se sentó en una de las sillas y examinó los rostros que lo rodeaban. Muchos los conocía: anticuarios, administradores de museos, coleccionistas de arte. Cazadores de

tesoros como él, solo que los tesoros de ese mundo no poseían más magia que edad y belleza.

El catálogo de la subasta mostraba la botella, cuyo rastro Jacob había seguido hasta allí, entre la tetera de un emperador chino y el sonajero de plata del hijo de un rey inglés. Parecía tan insignificante que, con suerte, no encontraría ningún otro postor. Una funda de cuero gastado protegía su oscuro cristal y el cuello estaba cerrado con un sello de cera.

«Botella de origen escandinavo de principios del siglo XIII», decía el pie de foto. El propio Jacob la había descrito de ese modo cuando se la vendió a un anticuario en Londres. En aquel entonces le había resultado de lo más divertido neutralizar a su habitante de esa forma. Tras el espejo, liberarlo podía ser mortal, pero en ese mundo resultaba tan inofensivo como aire embotellado, una nada tras el cristal marrón oscuro.

La botella había cambiado varias veces de dueño desde que Jacob la había vendido. Le había costado casi un mes volver a localizarla. Un tiempo del que no disponía. La granada que todo lo cura, la fuente de la eterna juventud... había desperdiciado muchos meses buscando los objetos equivocados y en su pecho seguía anidando la muerte. Era el momento de intentarlo con una medicina algo más peligrosa.

La polilla sobre su corazón era cada día más oscura: el sello de la sentencia de muerte que el Hada Oscura infligía por pronunciar su nombre. Su hermana se lo había susurrado a Jacob entre dos besos. Ningún hombre había sido ejecutado de una forma tan tierna. Amor traicionero... La sangre roja, que bordeaba la huella de la polilla, recordaba por qué crimen moría en realidad.

Desde la primera fila le sonrió una comerciante a la que había vendido, hacía años, una garrafa de cristal de elfo (ella lo había tomado por cristal de Persia). Jacob había traído antaño muchos objetos a través del espejo para pagar las matrículas de Will o las facturas médicas de su madre. Por supuesto. Sin que sus clientes hubieran sospechado que les estaba vendiendo algo de otro mundo.

Jacob echó un vistazo al reloj y miró impaciente al subastador. *Venga, vamos.* Tiempo perdido. No sabía siquiera de cuánto disponía aún. Medio año, quizá menos...

La tetera del emperador chino alcanzó un precio ridículamente elevado, pero la botella, como cabía esperar, no causó excitación cuando la colocaron en la mesa de subastas. Jacob estaba convencido de que sería el único postor cuando, una hilera de sillas más atrás, otra mano se alzó.

El postor tenía una estatura casi tan grácil como la de un niño. Los anillos de diamantes de sus cortos dedos eran más valiosos que todos los objetos pendientes de subasta. Su pelo corto era negro como las plumas de un cuervo, a pesar de tener el rostro de un hombre viejo. Y la sonrisa, con la que obsequiaba a Jacob, parecía saber demasiado.

Qué disparate, Jacob.

Había cambiado un puñado de táleros de oro para la subasta. El fajo de billetes que había recibido a cambio le había parecido más que suficiente. A fin de cuentas, él mismo no había obtenido gran ganancia con la botella. Pero cada vez que subía su oferta, el extraño también alzaba la mano, y Jacob sentía cómo con cada nueva suma, que el subastador anunciaba en alta voz, el

corazón le latía más deprisa del disgusto. Un murmullo recorrió la sala cuando la puja alcanzó el precio de la tetera imperial. Otro comerciante comenzó a pujar... y se retiró cuando el precio subió más y más.

¡Déjalo ya, Jacob!

¿Y entonces qué? No sabía qué otro objeto debía buscar si no, ni en ese ni en el otro mundo. Sus dedos envolvieron involuntariamente el pañuelo de oro en su bolsillo, pero su magia funcionaba allí tan poco como la de aquel al que la botella mantenía prisionero. *Y qué más da, Jacob. Antes de que se percaten de que no puedes pagar, habrás cruzado el espejo.*

Alzó de nuevo la mano, aun cuando se sintió indispuerto al oír la suma que el postor anunció. Era un precio considerable hasta para la propia vida. Lanzó una mirada a su contrincante. Los ojos que respondieron a su mirada eran verdes como la hierba recién cortada. Se arregló la corbata, volvió a sonreír a Jacob... y bajó la mano ensortijada.

El martillo del subastador cayó y el alivio provocó mareos a Jacob mientras se abría paso a través de la hilera de sillas. En la primera fila, un coleccionista ofrecía diez mil dólares por el sonajero de plata. Tesoros, a ambos lados del espejo.

La cajera sudaba en su chaqueta negra y había empolvado demasiado su pastosa piel.

Jacob le obsequió su sonrisa más amable y le entregó el fajo de billetes:

—Confío en que sea suficiente como señal.

Añadió otros tres táleros de oro. Por lo general, las monedas eran también un medio de pago bien visto en ese mundo. La mayoría de los comerciantes lo tenían por un estúpido que desconocía el valor de las antiguas

monedas de oro, y para los que preguntaban por la emperatriz que aparecía en la moneda, tenía preparada una historia descabellada. Pero la cajera sudorosa lanzó una desconfiada mirada a los táleros y pidió ayuda a uno de los subastadores.

La botella se hallaba apenas a dos pasos entre los otros objetos adquiridos en subasta. De cerca, el cristal tampoco revelaba nada sobre el que se ocultaba detrás. Por un momento, Jacob pensó en largarse con su botín a pesar de los vigilantes que había en la puerta, pero un carraspeo interrumpió aquel pensamiento de todo menos razonable.

—Unas monedas muy interesantes, señor... ¿cómo era su nombre?

Ojos verdes. Su contrincante apenas le llegaba a Jacob a los hombros. En el lóbulo izquierdo de la oreja llevaba un diminuto rubí.

—Reckless. Jacob Reckless.

—Sí, claro —el extraño metió la mano en la chaqueta a medida y sonrió al subastador—. Yo respondo por mister Reckless —dijo mientras le tendía a Jacob su tarjeta. La voz era ronca, con un ligero acento que Jacob no pudo catalogar.

El subastador bajó respetuoso la cabeza.

—Como usted desee, mister Earlking —dijo dirigiéndole una mirada interrogante a Jacob—. ¿Adónde le enviamos la botella?

—Me la llevaré yo mismo.

—Por supuesto —dijo Earlking sonriendo—. Llevaba mucho tiempo en el lugar equivocado, ¿no es cierto? —el pequeño hombre hizo una reverencia antes de que Jacob pudiera responder—. Salude a su hermano de mi parte —dijo—. Le conozco muy bien a él y a su madre.

Después se dio la vuelta y desapareció entre el galanogentío.

Jacob miró la tarjeta que tenía en la mano. «Norebo Johann Earlking.» Nada más.

El subastador le entregó la botella.



3

FANTASMAS

El mundo equivocado. En el aeropuerto, el vigilante de seguridad examinó la botella con tanto detenimiento que, tras el espejo, Jacob le hubiera puesto en algún momento la pistola sobre su pecho uniformado. Su vuelo aterrizó con demora en Nueva York, y su taxi quedó atascado en el tráfico nocturno tantas veces que anheló viajar en coche de caballos a través de las soñolientas calles de Schwanstein. Delante del viejo edificio de apartamentos, la luna se reflejaba en sucias charcas, y del muro de ladrillo sobre la entrada, las grotescas caras, que tanto habían intimidado a Will de niño y por las que siempre había agachado la cabeza delante de la puerta, descendían la mirada. La polución las había erosionado entretanto de tal modo que apenas se diferenciaban de las flores de piedra que trepaban a su alrededor. Jacob percibió, sin embargo, su fija mirada con más claridad

que nunca mientras subía la escalera de la entrada, y a su hermano seguramente le sucedía lo mismo. Los desfigurados rostros poseían un horror completamente nuevo desde que a Will le había crecido una piel de piedra.

El portero que había en el hall de la entrada seguía siendo el mismo que les había sacado a rastras del ascensor cuando lo habían cogido demasiadas veces arriba y abajo. Mister Tomkins. Había envejecido y engordado. En el mostrador, sobre el que ya tenía preparada la correspondencia, seguía estando el tarro lleno de piruletas con las que los había sobornado de niños para que realizaran los recados por él. Jacob había convencido en algún momento a Will de que Tomkins era un devoraniños, tras lo cual se había negado, durante días, a ir al jardín de infancia por miedo a tener que pasar junto al portero.

Tiempos pasados. En el viejo edificio, anidaban en todos los rincones. Detrás de las columnas del hall de la entrada, que Will y él habían utilizado para jugar al escondite, en los sótanos, en cuyas oscuras bóvedas había buscado por primera vez (y sin éxito) tesoros, o en el ascensor enrejado, que habían convertido, según las necesidades, en una nave espacial o en la jaula de una bruja. Era extraño lo mucho que la perspectiva de la propia muerte traía de vuelta el pasado... como si, de pronto, cualquier instante vivido estuviera presente y susurrara: quizá sea esto todo lo que recibas, Jacob.

La puerta del ascensor seguía atascándose cuando se la abría de un empujón.

Séptima planta.

Will le había dejado una nota colgada en la puerta del piso. «Hemos salido de compras. La comida está en la nevera. ¡Bienvenido a casa! Will.»

Jacob guardó la nota en el bolsillo del abrigo antes de abrir la puerta. Había pagado con su vida aquella bienvenida, pero lo habría hecho otra vez por la sensación de tener de nuevo un hermano. No habían vuelto a estar tan unidos desde que Will se había deslizado cada noche en su cama y había creído que los porteros devoraban a veces carne humana. El amor se escapaba de una forma terriblemente fácil.

La oscuridad, que aguardaba a Jacob tras la puerta, resultaba extraña y familiar al mismo tiempo. Will había pintado el pasillo y el olor de la pintura fresca se mezclaba con el de su infancia. Sus dedos seguían encontrando a ciegas el interruptor de la luz. La lámpara era nueva, lo mismo que la cómoda que había junto a la puerta. Las viejas fotos de familia habían desaparecido, y el deslustrado papel pintado, sobre el que aún después de años se podía reconocer dónde había estado colgada la foto de su padre, había sido repintado de color blanco.

Jacob dejó la bolsa sobre el pisoteado parqué.

Bienvenido a casa.

¿Realmente era posible otra vez, después de todos los años en los que todo cuanto había querido encontrar allí había sido el espejo? Sobre la cómoda había un jarrón con rosas de color amarillo. El sello de Clara. La idea de volver a verla lo había puesto algo nervioso antes de atravesar el espejo. No había estado seguro de si su corazón latía más deprisa por el simple recuerdo o porque el agua de alondras aún seguía surtiendo efecto. Pero todo estaba bien. Estaba bien verla con Will en ese mundo, al que él mismo no pertenecía desde hacía tanto tiempo. Aparentemente no le había contado a Will nada del agua de alondras. Pero Jacob sentía cómo ese recuerdo los unía a ambos como si se hubieran extra-

viado en el bosque y hubieran encontrado el camino de vuelta juntos.

Will había cambiado tan poco la habitación de su madre como el despacho de su padre. Jacob abrió la puerta solo de forma reacia. Junto a la cama había unas cajas con libros de Will, y debajo de la ventana estaban apoyadas las fotos de familia que habían estado colgadas en el pasillo.

La habitación seguía oliendo a ella. La manta patchwork que había sobre la cama la había cosido ella misma. Los parches de tela habían estado dispersos por todo el piso. Flores, animales, casas, barcos, la luna y estrellas. Jacob no había podido nunca descifrar lo que quiera que la manta contaba de su madre. A menudo los tres se habían tumbado en ella cuando les había leído un libro. Su abuelo les había contado los cuentos con los que había crecido en Europa, poblados de brujas y hadas, con cuyos parientes se había encontrado Jacob tras el espejo, pero las historias de su madre habían sido las de Norteamérica. El jinete sin cabeza, Johnny Appleseed, Hermano Lobo, la hechicera y el gigante de Seneca. Jacob no había encontrado sus huellas tras el espejo, pero estaba convencido de que también existían allí al igual que los personajes de los cuentos de su abuelo.

Sobre la mesilla de noche de su madre había una foto que la mostraba a ella con él y con Will abajo en el parque. En ella parecía muy feliz. Y tan joven... Su padre había hecho la foto. En esa época probablemente él ya supiera del espejo.

Jacob limpió el polvo del cristal. Tan joven. Y tan hermosa. ¿Qué había buscado su padre que no había podido encontrar en ella? Cuántas veces se lo había preguntado

de niño. Había estado tan seguro de que ella había tenido que hacer algo malo... y había sentido tanta rabia hacia ella. Rabia por sus debilidades. Rabia por no poder dejar de amar a su padre y esperarlo contra su propia convicción. ¿O había confiado en que su hijo mayor lo encontraría un día y lo traería de vuelta? ¿Acaso él no lo había imaginado todos esos años en secreto? ¿Que un día regresaría con su padre y le borraría toda la tristeza del rostro a su madre?

Tras el espejo había relojes de arena que detenían y retrocedían el tiempo. Jacob había buscado durante mucho tiempo uno para la emperatriz. En Lombardía giraba un carrusel que convertía los niños en adultos y los adultos en niños, y en Varangia, un príncipe poseía un reloj de juguete que, cuando uno le daba cuerda, le devolvía a su propio pasado. Jacob se había preguntado a menudo si eso cambiaba realmente el rumbo de las cosas o si uno acababa actuando del mismo modo que lo había hecho una vez: su padre continuaría atravesando una y otra vez el espejo. Él lo seguiría y Will y su madre se quedarían atrás solos.

¡Por el amor de Dios, Jacob! La perspectiva de la propia muerte volvía sentimental.

Se sentía como si, en los últimos meses, alguien hubiera lanzado su corazón una y otra vez a la fundición, como una pepita de metal que simplemente no quiere adoptar la forma correcta. Si la botella resultaba tan inútil como la manzana o la fuente, el esfuerzo habría sido en vano, y al igual que su madre, pronto no sería más que una foto en un polvoriento marco de plata. Jacob volvió a dejar la foto sobre la mesilla de noche y alisó la manta de la cama como si su madre fuera a entrar en la habitación en cualquier momento.

Alguien abrió la puerta del piso.

—Jacob está aquí, Will —la voz de Clara sonaba casi tan familiar como la de su hermano—. Ahí está su bolsa.

—¿Jake? —en la voz de Will ya no se oía la piedra que le había teñido la piel—. ¿Dónde andas?

Jacob oyó a su hermano recorrer el pasillo y, por un fugaz instante, se encontró en otro pasillo, a su espalda el rostro de Will descompuesto por el odio. *Ya pasó, Jacob*. No, no había pasado del todo y estaba bien así. No quería olvidar lo fácilmente que podía perder a Will.

Y de pronto apareció en la puerta, sin oro en la mirada, la piel blanda como la suya, solo considerablemente más pálida. Al fin y al cabo, Will no había cabalgado durante semanas a través de un desierto maldito.

Lo abrazó casi con la misma fuerza que antaño, cuando Jacob lo había salvado, en el patio del colegio, de algún alumno de cuarto con ansias de pelea. Sí, valía la pena el precio, en tanto su hermano no supiera el importe del pago.

Los recuerdos de Will sobre la época detrás del espejo eran como pedazos con los que intentaba en vano componer un todo. A fin de cuentas, a nadie le gustaba vivir con la sensación de apenas recordar semanas decisivas de su vida. Cuando Will le describía a Clara y a él rostros o lugares, Jacob volvía a ser otra vez consciente de lo mucho que su hermano había vivido solo tras el espejo. Era casi como si Will tuviera una segunda sombra, que lo seguía como un extraño... y que lo asustaba de vez en cuando.

Jacob no podía aguardar a regresar, pero Clara le pidió que se quedara a comer, y quién sabía si volvería a verla a ella o a Will. Así que se sentó a la mesa de la cocina,

en la que, de niño, había grabado con su primer cuchillo sus iniciales, e intentó parecer lo más despreocupado posible. Pero por lo visto también había perdido la habilidad de venderle a su hermano historias inventadas como ciertas. Jacob le pilló varias veces sus miradas pensativas cuando le explicaba su viaje a Chicago con un fabricante de Schwanstein y su pasión por los espíritus de las botellas.

Con Zorro no habría intentado siquiera esa historia. Durante su interminable búsqueda de los objetos equivocados había estado a punto de contarle la verdad, pero la idea de ver el propio miedo también en el rostro de Zorro se lo había impedido cada vez. Quería a Will, pero para él seguiría siendo siempre, antes que nada, el hermano mayor. Con Zorro era simplemente él mismo. Ella veía tanto de lo que él ocultaba a los demás... aun cuando a él no siempre le gustara y muy raramente ambos expresaran lo que sabían del otro.

—¿Conoces a un tal Norebo Earlking, Will?

Su hermano arrugó la frente.

—¿Un tipo bastante pequeño? ¿Con un extraño acento?

—El mismo.

—Ma le vendió algunas de las cosas del abuelo cuando necesitó dinero. Creo que es dueño de un par de anticuarios aquí y en Europa. ¿Por qué?

—Me pidió que te saludara.

—¿A mí? —Will se encogió de hombros—. Ma no le vendió todo lo que le interesaba. Quizá quiera probar suerte ahora con nosotros. Es un tipo raro. Nunca tuve claro si le gustaba a Ma.

Will se acarició el brazo. A menudo se pasaba la mano sobre la piel como queriendo asegurarse de que

el jade ciertamente había desaparecido. Clara también se percató del gesto. Fantasmas... Will se levantó y se sirvió una copa de vino.

—¿Qué debo hacer si me hace una oferta? El trastero está repleto de viejos trastos. Por su aspecto parece que nuestra familia no se hubiera desprendido de nada desde que este edificio fuera construido. Apenas hay sitio para las fotos que hemos quitado de las paredes. Pero Clara necesita un despacho y... —Will dejó la frase sin acabar, como si los fantasmas de sus padres estuvieran aguzando el oído en las habitaciones vacías que habían dejado.

Jacob pasó el dedo sobre las iniciales que había grabado en el tablero de la mesa. Se había comprado el cuchillo a escondidas.

—Vende lo que quieras —respondió—. Vacíalo todo. Si queréis, podéis utilizar también mi habitación. Puedo dormir en el sofá, vengo muy poco.

—Tonterías. Tu habitación se quedará igual —Will le acercó una copa de vino—. ¿Cuándo regresas?

—Hoy mismo —ya no le resultaba tan sencillo como antes ignorar la decepción en el rostro de su hermano. Lo extrañaría.

—¿Va todo bien? —Will lo miraba con gesto de preocupación. Sí, engañarlo no resultaba tan sencillo como antes.

—Claro. Es duro vivir en dos mundos —Jacob intentó que sonara a broma, pero el rostro de Will permaneció serio. Se parecía tanto al de su madre. Will arrugaba la frente incluso del mismo modo que ella.

—Deberías quedarte aquí. ¡Es demasiado peligroso!

Jacob bajó la cabeza para que Will no viera su sonrisa. *Se ha vuelto realmente peligroso por tu causa, hermanito.*

—Volveré pronto —dijo—. Con toda seguridad.

Seguía siendo un buen mentiroso. La probabilidad de que el habitante de la botella no lo salvara, sino que lo matara, era de una entre mil. *Una entre mil en tu contra, Jacob.* Ya había apostado más fuerte.